

CRONICA DEL AFRICA NEGRA

LA preocupación por encajar en formas constitucionales adecuadas el proceso de desintegración por que pasa el imperio colonial inglés, es el aspecto más destacable de la actual política colonial laborista. Existe un manifiesto empeño en encauzar la cada vez más exacerbada inquietud del Africa británica en este sentido. Y como las fórmulas con que se intenta aplacar esta inquietud son ajenas a la naturaleza real de la misma, cada concesión otorgada actúa más en función exacerbadora que como apaciguante.

Hay en la política colonial inglesa —probablemente no sólo en la colonial, pero esto rebasa los límites de esta crónica— una obtusidad evidente para la percepción de los problemas reales. Como sustitutivo, desorbitando parciales aspectos de la realidad, pretende enfrentarse con una serie de problemas artificiales, que no son en el fondo más que la proyección de los propios problemas sobre unas circunstancias esencialmente distintas. Siempre existe, claro está, nativos más o menos asimilados que sirvan de vehículo justificativo. Y siempre es posible cobijar bajo fórmulas estereotipadas sentimientos de muy variada índole.

El propósito público de la política colonial inglesa se condensa, teóricamente, en el siguiente enunciado: «Guiar y asistir a los pueblos de las colonias hacia su responsable autogobierno dentro de la Commonwealth». Enunciado que, como se ve, es suficientemente impreciso para que en él pueda coincidir el asentimiento de un sector de gran amplitud. Pero lo que nos interesa es el desenvolvimiento real de la política que bajo tal enunciado se desarrolla.

Vemos, en primer lugar, que la concesión de «selfgovernment», en sus distintos grados, a los pueblos dependientes no es consecuencia del proceso real de madurez de los pueblos a que se otorga, sino de la virulencia agresiva con que se manifiestan las respectivas pretensiones. Cuando haya pasado —cosa no muy lejana— esta ola domi-

nante de retórica anticolonista en que ahora estamos irremediablemente sumidos, el gran baldón de la actuación colonizadora inglesa ha de ser la cobarde deserción, en los momentos críticos, de los deberes asumidos. Es ingenua la pretensión de que el especial agudizamiento en la inquietud subversiva que caracteriza al amplio sector colonial británico sea debido a que, por su tradicional política de liberalidad en relación con los pueblos sometidos, éstos han alcanzado un nivel muy superior al logrado por otros sistemas de colonización europea. La falsedad del aserto se afirma al primer análisis de la realidad. Es necesario estar muy influído por la obnubilación laborista para percibir delicados matices culturales en las turbas del proletariado negro que mantienen al Africa Occidental inglesa en permanente turbulencia, y que gracias a sus sangrientas expresiones han conseguido participar en su carnalesco-democrático simulacro electoral.

En segundo lugar, las nuevas unidades políticas que se pretenden constituir con carácter autónomo —dentro de la cada vez más espectral Commonwealth, claro está— son totalmente artificiales. Los límites políticos de las posesiones coloniales rara vez han respondido a determinantes geográficos o éticos. La administración colonial ha sido, en la mayor parte de los casos, el único factor aglutinante. Pero esta superación de la estrecha área tradicional de convivencia, muy rara vez superadora de la vinculación consanguínea, no ha creado un nexo de suficiente efectividad para que, una vez eliminada la actuación coercitiva, pueda servir de base a una unidad política cobijada bajo formas europeizantes.

La sensación de incomodidad que a los países dependientes produce el poder dominante —a semejanza de la opresión del aparato ortopédico sobre el miembro inválido— puede ser origen de un eventual seudonacionalismo aparentemente unificador. Pero por debajo de este efímero sentimiento existen potenciales factores de discrepancia que habrían de producir un apresurado derrumbamiento de las estructuras convencionales en que se intentara cimentar las prematuras independencias. Porque, aparte de la persistencia de las rivalidades étnicas existentes a la ocupación, y que indudablemente han sufrido una cierta atenuación en el transcurso del sometimiento común a un poder extraño, la diversa intensidad del contacto colonial ha producido en el campo indígena una escisión de incalculables consecuencias para una futura convivencia común libre. En relación

con los efectos desintegrados de la sociedad indígena por la actuación colonial hemos de considerar cuatro grupos: a), indígenas que continúan inmersos en sus formas de vida tradicionales; b), indígenas que, aun conservando sus estructuras tradicionales, han sufrido un cierta evolución bajo el influjo de la cultura europea y han, en parte, adaptado sus formas de existencia a las nuevas modalidades del medio colonial; c), indígenas que se han incorporado a ciertas formas periféricas de la cultura europea, y a ellas amoldan, al menos externamente, su vivir; y d), indígenas que sólo conservan una vaga vinculación con la vida tradicional originaria y que se han mantenidos impermeables a la inculturación colonizadora.

Por otra parte, desde el punto de vista religioso las discrepancias se acusan con muy marcadas características. Hay vastos sectores de población que permanecen aferrados a sus convicciones ancestrales. Los núcleos que bajo el estímulo islámico se constituyeron, y que a través de alternos períodos de actividad y sosiego han permanecido fieles a la doctrina del Profeta en su peculiar versión negra, dan actualmente muestras inequívocas de reanudar su labor proselitista, con evidentes resultados. Las distintas Misiones cristianas centran en torno suyo crecientes grupos de negros cristianizados, cuya influencia, dentro de la vida social, se hace sentir cada vez más acusadamente. Las sectas religiosas, más o menos secretas, cuya doctrina aglutinadora es una interpretación sincrética y adaptada a la peculiar mentalidad negra de heterogéneos elementos alógenos de carácter religioso y político, y que por el fanatismo mostrado en ciertos casos concretos recientes y sus desconocidas y misteriosas vinculaciones pueden ser un instrumento eficaz en manos poco escrupulosas. Y por incluir aquí los núcleos comunistas, siempre un poco desdibujados entre efímeras asociaciones políticas o laborales circunstancialmente afines, ahora sometidos a un proceso de depuración a fin de lograr un instrumento disciplinado de actuación revolucionaria a semejanza de los que ya han probado su eficacia en otras latitudes.

Y, por último, y sin que consideremos exhaustiva esta enumeración, está el problema de la progresiva explotación económica del continente africano, cada vez más imperativa dentro de las inexorables exigencias de la economía mundial, y para cuya eficaz realización las turbulencias y reacciones que los pretendidos cambios de la situación política ha de traer aparejada pueden significar un obstáculo insuperable. Máxime teniendo en cuenta el creciente sentimiento de rencor

racial, que hace muy difícil la situación del elemento blanco, cada vez más falto del respaldo de los órganos de coacción colonizadora, que, naturalmente, empieza a reaccionar colectivamente.

Dado este panorama de confusos elementos en discordia potencial —y en parte activa— no es extraño que hayamos considerado como una cobarde deserción la actual política de concesiones que caracteriza la política colonial inglesa. Ceder a las primeras alharacas irresponsables no es actitud que entone bien dentro de la dignidad y sentido de responsabilidad que como brillante ejecutoria histórica puede exhibir el Imperio colonial británico. Si la mascarada electoral de Costa de Oro —por citar el caso más reciente— no tiene más fin que servir de simulacro apaciguador de la grave inquietud creciente, no podemos menos de calificarlo como de solemne estupidez, cuyos efectos contraproducentes, o al menos inútiles, no tardarán en hacerse sentir. Si, por el contrario, ha sido realizado de buena fe, y se piensan llevar las cosas en fatal encadenamiento a sus últimas consecuencias, grandes sectores del Africa negra entrarán pronto en un período de graves turbulencias y luchas intestinas a que algún poder extraeuropeo había de poner fin coactivamente, señalando de este modo el final de un período colonial africano y el comienzo de otro, probablemente bajo distinta designación.

Acaso, y ojalá sea así, nuestros supuestos descansen sobre una realidad equívoca, y la política colonial inglesa logre conjugar el enmarañado sistema de factores divergentes y lleve a feliz meta los propósitos enunciados. Nuestra confianza en la capacidad política laborista hace mucho que sucumbió ante la inexorable testificación de los hechos. Sin embargo, un inesperado éxito en el logro de sus empeños nos habría de producir una gran alegría.

LUIS TRUJEDA INCERA